

# CHILE EN LA CONFORMACION MILITAR Y NAVAL DE COLOMBIA

**CARLOS ENRIQUE OSPINA CUBILLOS<sup>1</sup>**  
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

Señor contralmirante Miguel Álvarez Ebner, presidente de la Academia de Historia Naval y Marítima de Chile, señores académicos, señores compañeros de curso que hoy me acompañan, señoras, señores:

Con inmenso orgullo y profundo respeto ante ustedes, mis futuros maestros, me presento en esta honorable Academia para exponer un corto resumen de un trabajo que estoy elaborando sobre la valiosa participación de la Armada de Chile en la formación de la Armada de Colombia. Esta contribución histórica la considero parte de las tareas que asumimos la Academia de Historia Naval y Marítima de Chile y el Consejo de Historia Naval de Colombia, cuando firmamos el Acuerdo de Cooperación mutua entre las dos instituciones en Cartagena de Indias, con la presencia y firma de nuestros dos Comandantes en Jefe. Este acuerdo, que nació gracias a la iniciativa del señor almirante Álvarez, está principiando a rendir frutos.

Como punto de partida es importante tener presente que la presencia de Chile en nuestra formación se desarrolló en dos campos, por un lado en Bogotá, la Misión Militar cumplió una extensa e importante tarea en la fundación y formación de dos centros de instrucción indispensables, la Escuela Militar de Cadetes y la Escuela Superior de Guerra, mientras la Misión Naval se concentró en la fundación y formación de la Escuela Naval de Cadetes. Ambas misiones aunque trabajaron en áreas diferentes, en lugares alejados y con diferencias de fecha, lo hicieron con la misma disciplina y con ese mismo sentir de amor a la patria, que lograron con gran acierto inculcar a sus nuevos alumnos. En la parte militar el reconocido historiador chileno general Roberto Arancibia Clavel, ha descrito en su libro *“La Influencia del Ejército Chileno en América Latina”* la valiosa participación de la Misión Militar en Colombia, ahora nos toca a nosotros, los navales, investigar y reunir la información del caso para difundir la excelente labor de la Misión Naval.

Dentro del marco conceptual de los actuales parámetros historiográficos me he dirigido a la búsqueda de las raíces de nuestros eventos históricos, entrelazando los hechos con todos esos innumerables aspectos que en tiempo y lugar rodearon cada una de estas acciones y sus resultados y con estas condiciones me enfrenté a contestar tres preguntas básicas:

---

<sup>1</sup> Vicealmirante, Armada de la República de Colombia, presidente del Consejo de Historia Naval de Colombia

- 1º ¿Por qué Colombia necesitó y requirió la ayuda de una misión militar y naval?
- 2º ¿Por qué Colombia escogió para ello a Chile?
- 3º ¿Qué resultados tuvieron esas misiones en el desarrollo de nuestras instituciones?

Históricamente estoy confrontando las respuestas a estas preguntas con documentos, testimonios, fechas, datos, numéricos &c., ellos nos darán valiosas partes de nuestra historia. Pero en este trabajo en particular yo quisiera agregar y contestar una cuarta pregunta: ¿estas misiones militares y navales, en que forma influyeron en la cercanía, el conocimiento y el cariño de los pueblos de Chile y Colombia? La respuesta a esta pregunta es difícil medirla en términos estadísticos, pero su importancia merece una consideración especial, pues esta relación trascendió los límites castrenses y sus resultados hoy se reflejan en aspectos militares, diplomáticos, políticos y hasta comerciales.

Nuestra primera pregunta es el por qué Colombia necesitó la presencia y el accionar de una Misión Militar y una Misión Naval. La respuesta a esta pregunta nace desde la misma independencia de nuestro país, la mayoría de los historiadores concuerdan en que para la fecha del 20 de julio de 1810, día en que se proclamó nuestra independencia, nuestro pueblo y especialmente sus dirigentes políticos estallaron llenos de amor patrio por su nueva situación, desafortunadamente los nuevos directivos políticos carecieron de la preparación, organización política y planeamiento para manejar su nuevo estado independiente, y después de tantos años de dominio español, se trató de copiar el mismo esquema, incluso en las primeras actas de independencia se disponía la sumisión al Rey o las Cortes que lo representaban. Este dualismo inicial se fue rompiendo a medida que las provincias iban decretando su independencia absoluta, siguiendo el ejemplo de Cartagena que lo hizo el 11 de noviembre de 1811. Este lapso de tiempo coincidió con la crisis que en España había generado la invasión napoleónica y el debilitamiento de su Escuadra de Mar, cuyo poder fue disminuyendo desde la Batalla de Trafalgar. Al respecto hay dos excelentes investigaciones presentadas en esta Academia, una de ellas titulada *“La Armada Real de Carlos III y Ultramar”* por Alejandro Klecker de Elizalde en el año 2004 y otra titulada *“Trafalgar , epilogo de una historia”* del mismo historiador, presentada en el año 2005, en este mismo recinto. Existió una especie de vacío o disminución del poder español, que era efecto del decaimiento del poder monárquico y la necesidad de disminuir su presencia en las colonias para centralizar sus fuerzas en la defensa de su propio territorio. Esta debilidad transitoria fue sin duda una gran ayuda a las incipientes fuerzas de la independencia de las colonias. Al respecto vale la pena mencionar que la política naval española para la época y para esta región basó su poder no tanto en la presencia de una flota que defendiera su bandera y sus mares en estas lejanas regiones, sino en la construcción de poderosos fuertes, murallas y castillos que defendieran desde tierra el ingreso a sus principales puertos y así fue como se amuralló Cartagena de Indias. Estas defensas fueron tan efectivas que resistieron el terrible asalto del almirante inglés Vernon, quien en 1740 al mando de una poderosa armada zarpó a tomarse Cartagena. Su

expedición incluía más de 33 buques de línea, 170 buques de transporte, 9.000 hombres de desembarco y todo el apoyo de artillería de esas unidades. A pesar de su poder, Cartagena resistió el ataque defendiéndose valerosamente a órdenes del capitán Blas de Lezo. Vernon, sin lograr su propósito, regresó a Inglaterra el 20 de mayo de 1741, derrotado, dejando miles de muertos y sin haber combatido en el mar.

Al declararse la independencia absoluta, los pocos buques españoles huyeron y nuestra naciente Marina inició su formación, basándose en el conocimiento y organización de la Armada Española, así como en el poco material naval que existía. Desafortunadamente los esfuerzos que se hicieron, muy pronto fueron casi totalmente eliminados y ello sucedió cuando España fue arreglando su situación política y ante la necesidad de recuperar su dominio sobre las colonias independizadas, conformó una gran fuerza expedicionaria que al mando del general Pablo Morillo, zarpó de España el 17 de febrero de 1815 con la orden perentoria de recobrar el poder de España sobre estas colonias. Esta expedición compuesta por 59 buques de flota transportaba 10.600 combatientes, nuestros países no tenían fuerzas para derrotar a este ejército pacificador y en un espantoso baño de sangre nuestro territorio vuelve a quedar bajo dominio español, acabando una vez más con nuestras esperanzas de tener una Armada. Gran parte de nuestros líderes murieron en el cadalso y los pocos buques desaparecieron.

Pero el germen de la independencia seguía latente y poco a poco en 1818 y 1819 surgieron nuevamente los brotes armados contra el régimen español y marinos y soldados surgidos de todos los orígenes encontraron como líderes a valientes héroes, como Simón Bolívar, Francisco de Paula Santander y José Padilla, entre muchos más, que los organizaron y entrenaron para que en tierra y en mar nuevamente enfrentaran los ejércitos y las flotas del Rey. Poca formación militar o naval tenían esas tropas, pero tenían algunas experiencias en combate, conocían el terreno y sobre todo los animaba esa fuerza gigantesca de luchar por un ideal valioso. Estas características los hicieron vencedores y así sellaron la derrota definitiva de las tropas españolas el 7 de agosto de 1819 en el Puente de Boyacá y el 24 de julio de 1823 en el Lago de Maracaibo, donde el almirante Padilla derrotó a la Flota Española, recuperando el Poder Naval de Colombia, que expresamente en ese momento significó permitir los triunfos en otros puntos del litoral y sobre todo cerrar la posibilidad de entrada al continente de refuerzos venidos de ultramar. Este triunfo además permitió a Bolívar continuar su campaña en el sur y así afianzar la libertad de nuestros países limítrofes.

Desafortunadamente los triunfos militares que nos dieron la independencia se fueron olvidando y dentro de la organización política del nuevo Estado, la importancia del Ejército y la Marina fueron disminuyendo a pesar de los esfuerzos de algunos valiosos visionarios como el general Santander, que dispuso fundar una Escuela Naval en junio de 1822 y que únicamente funcionó dos años.

Estos primeros años de independencia fueron muy difíciles, la política partidista, las divisiones internas, los intereses personales y los deseos de las provincias de crear cada una sus propias fuerzas armadas, fueron disminuyendo cada vez más el

interés de los gobernantes en tener un ejército y una armada fuerte y organizada. En resumen y refiriéndonos especialmente al aspecto naval, la armada que formó nuestras fuerzas de independencia, tuvo muchos problemas para su formación y permanencia, los triunfos que obtuvo los logró con inmensos esfuerzos y con un amor a la patria que en la acción de combatir logró la victoria, desafortunadamente tiempo después cuando el enemigo era la burocracia, el olvido del Gobierno, las rivalidades políticas &c., la Institución no sobrevivió y prácticamente desapareció.

¿Por qué pasó esto? Las respuestas son muchas, pero una muy importante es que no existía el concepto de “profesionalización”, lo cual es explicable por las circunstancias en que se formó la fuerza libertadora, sus inmensas limitaciones de dinero, de tiempo, de equipo &c. En los años posteriores, ya de independencia, aparecieron los problemas políticos, económicos y regionales y ellos no permitieron ni vieron importante “profesionalizar” sus Fuerzas Militares y Navales. Este si fue un error grave. Vale la pena considerar que dentro de la amplitud del concepto de “profesionalización” no solo es la educación del hombre sino la formación de toda esa gran maquinaria que se requiere para que ese hombre ejerza adecuadamente su profesión, en este caso: reglamentos, disposiciones, escuelas de formación, instalaciones terrestres, buques, equipos, sueldos, sanidad &c. Lograr todo esto no es fácil, por que requiere recursos, leyes, decretos, &c., lo cual únicamente se logra cuando es un propósito nacional, cuando todo el estamento gubernamental y toda la nación siente y apoya ese objetivo, desafortunadamente Colombia, recién liberada, no sintió la necesidad y la importancia del mar y dentro de sus primeros objetivos se dedicó a organizar y resolver sus problemas internos, dándole la espalda a esos mares que nos rodean y que requerían urgentemente ese profesional del mar, que le diera seguridad a la patria y desarrollo y permanencia a nuestra Armada Nacional.

La falta de una Marina organizada principió a sentirse. La primera necesidad fue la defensa de nuestras fronteras. En aplicación del UTI POSSIDETIS se encontró que los límites señalados en la Colonia en mapas y cartas no eran precisos ni claros, la mayoría de ellos elaborados sobre datos variables, como ríos o sectores selváticos, incluían nombres y características difíciles de identificar, islas que desaparecieron o montañas con varios nombres, todo ello generó gran cantidad de controversias al tratar de definir los límites actuales y, por ejemplo, en el caso de Colombia se presentaron discrepancias, que en algunos casos se resolvieron por medios diplomáticos, pero otros llegaron a generar conflictos bélicos, que lógicamente requirieron la presencia de una fuerza que hiciera respetar las decisiones acordadas y recuperar los territorios invadidos.

Por otra parte las naciones poderosas, con la presencia de sus flotas obligaron al país a pagar supuestas deudas, a indemnizar a algunos de sus conciudadanos imponiendo sus requerimientos con la amenaza del bloqueo o bombardeo de los puertos. Esta situación de imposición y humillación llegó a su parte más grave cuando el presidente Roosevelt, en aplicación de su política del “Gran Garrote” en 1903 apoyó la separación de una parte de Colombia, Panamá, previo acuerdo con los separatistas, de que Estados Unidos a cambio de este apoyo recibiría los derechos sobre el futuro canal oceánico. Respalando este apoyo, Estados Unidos

colocó frente a Colón y Ciudad de Panamá, nueve de sus poderosos buques de guerra. Todo ello se realizó sin presencia ni posibilidad de defensa de una Marina de Colombia que prácticamente no existía. En el campo interno el Gobierno también se encontraba en difíciles problemas, la situación política había generado la presencia de grupos armados, que defendiendo ideales regionales e intereses particulares, sumieron al país en una serie de guerras civiles que acabaron con la tranquilidad y el desarrollo. La culminación de esta situación fue la llamada Guerra Civil de los Mil Días, en que liberales y conservadores se enfrentaron en una contienda fratricida que dividió al país y produjo miles de muertos. Afortunadamente, esta pesadilla terminó en 1902 dejando una grave herencia de desorden pobreza y falta de unidad nacional y esto fue apenas cinco años antes de la llegada de la Misión Naval de Chile.

Esta fue la situación que encontró Rafael Reyes al asumir la presidencia en 1904. El presidente fue consiente de esta situación y consideró que la solución primordial era ordenar una reforma militar de gran proyección, donde el Estado pudiera contar con un Ejército y una Marina centralizada y profesional que apoyada en los mecanismos e instalaciones necesarios, hiciera respetar las normas constitucionales, alejando a la Fuerza Pública de los vaivenes políticos y de los intereses de sectores particulares.

Esta es la respuesta a la primera pregunta y claramente nos define el origen de la necesidad de una Misión Extranjera de mucha experiencia que organizara y “profesionalizara” las Fuerzas Militares del Estado. Este análisis nos pone de presente algo muy importante y es que la tarea impuesta a esa misión era muy difícil y por esto la escogencia de ella debía ser muy cuidadosa para poder obtener los resultados esperados.

Ahora veamos por qué se escogió a Chile para esta difícil tarea. Una vez se tomó la decisión presidencial de encontrar esta ayuda, a través de todas las delegaciones diplomáticas de Colombia en el exterior, se principió a buscar el país que más conveniente fuera para desarrollar esta trascendental reforma militar y naval. Se pensó pedir la misión a varios países europeos, incluso a Alemania, pensando en el gran éxito que desde 1816 había tenido la instrucción militar prusiana en Chile. Afortunadamente para la época, se desempeñaba en Ecuador como ministro de Colombia el general Rafael Uribe Uribe, amigo del presidente Reyes y excelente militar y diplomático. Él, en Ecuador, conoció de cerca el excelente desarrollo de la reforma que allí se hacía del Ejército por parte de una Misión Militar Chilena y, posteriormente, estando trasladado a Chile fue testigo de la excelente organización y operación de sus Fuerzas Armadas y en especial de su disciplina y profesionalismo, gran parte formada por los instructores alemanes y los oficiales chilenos que estudiaron en Alemania.

El general Uribe, propuso decididamente solicitar a Chile el envío de la Misión Militar y Naval que avocará el desarrollo de nuestra “profesionalización” y organización y esta recomendación fue reforzada con otras razones como fueron los éxitos militares de la Guerra del Pacífico, la gran estabilidad política de Chile y que el

modelo recibido de Alemania se había modificado o adaptado a nuestra región sin perder sus excelentes bases de disciplina y organización. Pedir la colaboración de Chile conllevaba además acrecentar la cercanía de un pueblo hermano con el cual ya existían muchos puntos de unión. Así pues el Gobierno decidió solicitar el apoyo de Chile para esta tarea, que se inició con el envío de jóvenes a estudiar en la Escuela Militar de Chile, entre ellos los hijos del general Uribe, y recibir algunos oficiales en unidades del Ejército, incluso en diciembre de 1906 se enviaron a la Escuela Naval de Chile a los jóvenes Carlos Fonseca y Roberto Prieto. Se intercambió asimismo documentos sobre organización, reglamentos, planes de estudio &c., preparando los decretos sobre organización de las escuelas de formación. Todo esto se hizo realidad cuando en 1907 el Congreso, con visto bueno del señor presidente don Pedro Montt, autorizó a los señores capitanes del Ejército Arturo Ahumada y Diego Guillen como integrantes de la Primera Misión Militar Chilena y con actividades definidas como fue organizar y dirigir la Escuela Militar. Sobre la parte militar existe, afortunadamente, valiosa información que nos ilustra ampliamente sobre el excelente trabajo que esta misión desarrolló fundando y organizando la Escuela Militar y posteriormente la Escuela Superior de Guerra.

En la parte naval, donde debemos profundizar un poco más, tenemos que el Gobierno de Chile a través de su Armada seleccionó al señor teniente 1º Alberto Asmussen Cortés el 8 de febrero de 1907 por medio de la Ley 1.937 del Congreso, para prestar sus servicios durante tres años al Gobierno de Colombia. A su vez se firmó un contrato entre él y el general Uribe Uribe, en que se le definía al señor teniente Asmussen la tarea de *“organizar una Escuela Naval, comandar un Buque Escuela y dirigir las obras de defensa de las costas colombianas”*. Para estas delicadas y complicadas misiones el señor teniente Asmussen estaba muy bien preparado. Nació el 18 de diciembre de 1872, ingresó a la Escuela Naval el 6 de agosto de 1892 y se graduó como guardiamarina de segunda clase el 9 de julio de 1893. Sus primeras labores de oficial fueron el patrullaje entre Valparaíso y Talcahuano, destacándose por su labor de rescate de un buque inglés que estaba a punto de naufragar, en 1895 viajó a Alemania a especializarse en psicología naval regresando al país en el transporte Angamos recién construido en Inglaterra, en 1889 fue destinado al blindado *O’Higgins*. En 1902 fue comandante del crucero *Errázuriz* y, posteriormente, durante cinco años fue profesor de la Escuela Naval, hasta 1907, en que viajó a Colombia junto con su señora esposa Esperanza L. de Asmussen. Simultáneamente en Colombia, mediante decreto 793 de 1907, se crea y organiza la Escuela Naval Nacional funcionando a bordo del transporte *Marroquín*, el mismo decreto en su artículo 40 designa oficialmente al señor teniente Alberto Asmussen de la Marina de Chile como director de la Escuela, mientras dura el contrato con el Gobierno.

La Escuela Naval se inauguró el 20 de julio de 1907 con 36 alumnos escogidos en todo el país y se instaló a bordo del transporte *Marroquín*. Según los relatos del capitán Pablo Nieto, alumno del primer curso, fueron recibidos directamente por el teniente Asmussen, quien desde el primer día se ganó el respeto y la admiración de sus cadetes.

Partiendo de cero fue inculcando en cada uno de ellos las enseñanzas y características de un caballero de mar, fue profesor de astronomía, hidrografía, navegación y derecho internacional marítimo, asimismo fue instructor de remo. Con su gran experiencia y la ayuda de un grupo de profesores militares y civiles colombianos fue conformando y desarrollando los planes de estudio y entrenamiento, constituyendo en reglamentos y ordenanzas los planes de estudio que debían realizar los cadetes en tres años para graduarse como guardiamarinas.

El teniente Asmussen desarrolló un Comando en que logró el respeto y cercanía de la gente que lo rodeaba, tanto para él como para Chile y esto se demostró a los escasos tres meses de clases, cuando sus alumnos cadetes en forma sorpresiva organizaron todo un día de actividades para celebrar el 18 de septiembre, día de la Patria de su director y así hubo discursos, concierto de una banda militar, copa de champaña y flores para la señora esposa. Fue un homenaje nacido de los mismos alumnos y un homenaje al país que estaba enseñándoles los secretos del mar. Por otra parte el teniente Asmussen y su señora se integraron rápidamente a la sociedad cartagenera participando en todos sus eventos, incluso cuando se aproximaban las fiestas de la celebración de la independencia de Cartagena, el teniente Asmussen, como miembro del comité organizador, propuso un desfile de botes engalanados con motivos alusivos a las fiestas patrias; fue un éxito el desfile de botes y lógicamente la Escuela Naval ganó el primer puesto. Actuaciones y participaciones como estas, ganaron mucho la voluntad y el cariño de la ciudadanía e hicieron que la Institución, su director y lógicamente el país que representaba se integraran a la comunidad.

Al cabo de tres años de estudio y estrictos exámenes finales se graduó el primer curso de ocho guardiamarinas. Desafortunadamente, las disposiciones políticas del nuevo presidente de la República que reemplazó a Rafael Reyes, no consideraban la importancia del mar y el 28 de diciembre de 1909 el Decreto número 659 ordenó terminar la Escuela Naval, especificando que la clausura sería el 16 de enero de 1910, fecha en la cual terminaba el contrato celebrado con el teniente Asmussen.

Una inmensa tristeza debió sentir este gran oficial, cuando le tocó clausurar la obra que con tanto cariño y entrega profesional había logrado desarrollar. El teniente Asmussen cumplió con gran éxito su misión como lo atestiguan todas las autoridades, en todo caso, la semilla quedó sembrada y a pesar de los debates políticos pronto volvió a surgir.

De los ocho guardiamarinas, cuatro fueron enviados a España a continuar su entrenamiento y cuatro a Chile: Mario Caicedo, José Noguera, Froilan Valenzuela y Virgilio Mastrodoménico. Años después ellos regresaron al país y en forma entusiasta con sus nuevos conocimientos trabajaron en los pocos buques disponibles.

El teniente Asmussen ya con el grado de capitán de corbeta fue destinado por Chile a Europa a perfeccionar sus estudios profesionales. A solicitud propia se retiró de la Armada de Chile el 10 de abril de 1911 y se estableció en París, donde residió hasta su fallecimiento.

Pasaron largos años en que nuestra Marina careció de una estructura necesaria para recuperar su profesionalización y fue hasta los trágicos sucesos del llamado Conflicto Amazónico en que fue necesario acudir a las armas para defender el territorio nacional y allí, Colombia, ante los grandes esfuerzos que tuvo que realizar para defender sus fronteras amazónicas, comprendió la necesidad de una Armada permanente, preparada y lista a operar, además con tristes experiencias aprendió que los buques se pueden comprar en corto tiempo, pero sus tripulaciones no se pueden improvisar ni contratar, mucho menos cuando se prevén luchas y combates por un ideal patriótico.

Colombia, una vez arreglado el conflicto internacional, de lleno se dedicó a crear nuevamente su Escuela Naval y afortunadamente la inició en 1935 con 41 jóvenes cadetes y bajo la dirección de una Misión Inglesa. Esta escogencia se debió, entre otras razones, a la gran participación que marinos ingleses en retiro y en servicio activo estaban prestando a la naciente Armada como tripulantes de sus destructores y como asesores de sus directivos.

Esta Escuela, nacida nuevamente hace 75 años, ha continuado creciendo ampliamente y actualmente cumple con orgullo altas metas navales y profesionales.

En su desarrollo nuevamente se sintió y se siente actualmente el influjo y el apoyo de la Armada de Chile. En 1946, la Flota Mercante Grancolombiana sintió la necesidad de que sus buques mercantes fueran tripulados por oficiales colombianos y así el Gobierno decidió contratar una segunda Misión Naval compuesta por oficiales chilenos en servicio activo que asesoraran a la Escuela en la formación de estos profesionales, cadetes que además de aprender las materias inherentes a la tecnología mercante, se constituía como oficiales de la Reserva Naval.

Siguiendo estos parámetros, el 16 de noviembre de 1951 se presentó en Cartagena el señor capitán de corbeta Juan Bascopé Guzmán, primer jefe de esta Misión Naval del hermano país de Chile. Muy pronto se revisaron y pusieron en marcha los programas de esta nueva especialidad y los primeros cadetes mercantes de Colombia iniciaron sus estudios. El capitán Bascopé se ganó la admiración y el respeto de toda la Institución, incluso de los que para ese año éramos jóvenes cadetes. El 24 de febrero de 1952, la Misión Naval fue aumentada con la presencia del capitán de corbeta Pedro Sallato, el teniente 1º Hernán Olivari y el teniente 2º Víctor Valenzuela, a los dos años cumplida su misión fueron siendo relevados y así llegaron a Cartagena los tenientes 1º Fernando Weis Camino y Christian Storaker Pozo, el capitán de corbeta Luís Eberhard Escobar y el teniente 1º Mario Alfaro Cabrera. El día 10 de julio de 1954 se graduaron los primeros 11 oficiales mercantes de Colombia, fruto de los esfuerzos compartidos y apoyados de nuestra Armada y la Armada de Chile a través de su excelente Misión Naval.

Los oficiales navales Chilenos participantes en esta Misión continuaron hasta 1956 cuando se presentaron los cinco últimos instructores, dirigidos por el capitán de corbeta Miguel Portilla Orrego. En 1958, en una emotiva ceremonia, el país y nuestra



Armada agradecieron y dieron la despedida a este excelente grupo de oficiales que con su aporte iniciaron la preparación profesional de nuestros marinos mercantes que han servido invaluablemente en el desarrollo de nuestras actividades en los buques comerciales.

Los efectos y resultados de las Misiones Navales de Chile tuvieron una gran proyección y permanencia, incluso hasta nuestros días, debido a la excelente decisión de nuestras Armadas de mantener un constante intercambio de formación de cadetes y oficiales en la Escuela Naval de Chile y en sus Escuelas de Especialización, así como constantes comisiones de oficiales que se han desempeñado como profesores navales tanto en la Escuela Naval de Colombia como en la Escuela Superior de Guerra. Dentro del entrenamiento de cadetes, especial mención merece el plan desarrollado de 1952 a 1959 en que 14 cadetes estudiamos en la Escuela Naval "Arturo Prat" y nos graduamos en sus aulas como oficiales navales, incluso realizamos el crucero en la *Esmeralda* y regresamos a Colombia llevando en nuestra formación todas esas mismas ideas que la Misión Naval había sembrado años antes. Varios de los que nos graduamos en esos años nos desempeñamos en la Escuela Naval como profesores, incluso tres llegamos al grado de almirante, y de ellos dos estuvimos varios años como directores de la Escuela.

Por otra parte, 20 oficiales en los últimos años han estudiado en la Academia de Guerra Naval, Escuela de Abastecimientos, Escuela del Litoral y algunas unidades de Infantería de Marina, o sea que el campo que iniciaron las primeras Misiones Navales de Chile se ha ampliado y sus enseñanzas, siguiendo los mismos parámetros de profesionalismo, honor, disciplina y amor por la patria y el mar, se han afianzado en nuestra formación, haciendo que el recuerdo y el agradecimiento a Chile y a su Armada, sea un continuo lazo de unión entre nuestras instituciones y algo muy importante, entre nuestros pueblos y esta es quizá una conclusión muy valiosa, tal vez difícil de valorar documentalmente pero sí muy real y es que la presencia de las Misiones Navales de Chile y el continuo intercambio de oficiales y cadetes entre las dos Armadas creó y ha desarrollado un continuo acercamiento que ha ido más allá de los ámbitos navales y esa mutua confianza ha trascendido a ámbitos sociales, diplomáticos, incluso económicos que ven en el aprecio y confianza de los pueblos hermanos, el camino para seguir avanzando en su progreso, en su felicidad y en su seguridad.

Hasta aquí, señor Presidente, señores académicos, he expuesto el resumen del trabajo que estoy desarrollando, pero con la venia de ustedes, quisiera agregar unos cortos pensamientos, quizá alejados de la rigidez histórica, pero que llevan parte de la respuesta a la cuarta pregunta ¿Cómo nuestras relaciones navales han trascendido a la cercanía de nuestros pueblos? Hay muchas respuestas, cada una de ellas conlleva recuerdos, sentimientos, experiencias, que nos van acercando a la verdad... por ejemplo, hace 56 años, cuando el señor capitán Bascopé, jefe de la Misión Chilena, reunió en Cartagena a los jóvenes cadetes que había seleccionado para continuar sus estudios en Chile, ofreció responder preguntas sobre la nueva etapa de la vida que estábamos próximos a iniciar, y recuerdo que le pregunté

¿Cómo es Valparaíso?... El capitán Bascopé por unos instantes se dejó llevar por sus recuerdos, se alejó del cálido trópico que lo rodeaba y del alma se le escapó la más marinera definición de este bello puerto y hablando más para sí mismo dijo: “*Valparaíso, ciudad del viento...*” rápidamente volvió a la realidad y me dio una larga y técnica descripción del puerto, pero esas primeras palabras, no se me olvidan y las fui entendiendo en mi larga vida marinera.

A partir de esa frase comprendí que el viento que aquí sentimos y escuchamos es la voz de mar, es su sentir que convertido en sonido, en ráfagas o en huracanes, llega hasta nosotros trayéndonos su mensaje.

Este viento lo principié a sentir, allá en la blanca casona de Playa Ancha, cuando en la avenida de los Pitiporos y en el patio del Buque, nos refrescaba en nuestros primeros ejercicios militares, lo sentimos en la noche cuando penetraba a los dormitorios, llevándose en su camino nuestros primeros sueños. Viento marinero que fue testigo de nuestros juveniles triunfos y nuestras adolescentes tristezas y alegrías. Viento salobre, lleno de rumores de olas y graznidos de gaviotas, que compartió nuestra vida y en su eterno transitar fue llevando y trayendo mensajes de amor, juveniles decisiones y, a veces, tristes pensamientos. Viento amigo, tibio y sentimental que en mi caso me acompañó a compartir la amistad de mis compañeros y el gentil cariño de sus familias que me acogieron y me permitieron compartir sus hogares. Viento solemne y marcial que acompañó las bandas militares en nuestras marchas en el Estadio de Playa Ancha y en los solemnes desfiles patrios. Viento que, convertido en silenciosa brisa, se adentró respetuosamente en nuestros salones de clase, acompañando las voces de nuestros profesores, que recordamos con especial agradecimiento y cariño, algunos de ellos fueron Lorenzo Garay, Pedro Hernández, Eugenio González Navarrete, Pedro González Pacheco, Jorge Matta, Fernando Silva y otros más.

Viento que, convertido en fuerte brisa, acompañó nuestras actividades deportivas y ejercicios físicos en los campos deportivos. Dentro de estos recuerdos, no puede faltar la presencia de una brisa muy especial, era ese ambiente húmedo y cálido que envolvía la piscina y allí aparece para mi un ser muy valioso, nuestro profesor de natación, el señor Parada, padre de Irene mi esposa y muy querido abuelo de mis hijas que hoy me acompañan. El señor Parada era un hombre recto, rígido y severo, pero alejado del tablón y de sus clases de natación, me permitió conocer su inmensa calidez humana. Ahora ese viento cargado de salado rocío nos acompaña en nuestras primeras experiencias marineras, la vieja corbeta *Chipana*, el antiguo transporte *Pinto* y luego, ya mar afuera, se convierte en nuestro amigo indispensable en el crucero a bordo de la *Esmeralda* que hacia su cuarto viaje. Allí nos enseñó la rudeza de la rutina de un velero y algo muy importante: que en esos buques al igual que en la vida debemos orientar el aparejo para no estar sometidos a los vaivenes y cambios del viento y así lograr mantener nuestro rumbo recto y dirigido al puerto que buscamos.

Sí, tal como lo dijo el capitán Bascopé, la definición de Valparaíso como “*la ciudad del viento*” es la definición de esa misteriosa unión de mar, tierra y gente, que

conforman este querido pueblo chileno que hace más de medio siglo acogió con cariño y afecto a esos marinos de Colombia, casi niños, que aprendieron en sus aulas, en sus casas, y con su gente el cariño al mar y el cariño a ustedes que tanto nos entregaron.

Mientras sigamos escuchando y sintiendo la voz y las caricias del viento marino, así tenga el frío austral o el tibio calor del trópico, seguiremos sintiendo que algo muy grande nos une, como personas, como pueblo y como naciones hermanas.

Muchas gracias, señor presidente y miembros de esta Academia por recibirme en su Institución, al regresar a Colombia seguiré adelantando mi investigación histórica, mientras tanto, junto con Irene y mis hijas volveremos a nuestro país llevando una vez más el espíritu patriótico que llena todo Chile, especialmente en estas fiestas patrias en que los solemnes redobles de las bandas militares y las alegres notas de cuecas y tonadas llenan y enriquecen el sentir patriótico de nuestras almas.

Regresamos a nuestras labores llevando grabadas las miles de banderas de la estrella solitaria, que al flamear al paso de nuestro viento amigo nos ponen de presente, una vez más, la historia y la grandeza de este bello país hermano.

Muchas gracias,